



ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ESPECIALISTAS EN ESTUDIOS DEL TRABAJO

CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO

**EL TRABAJO EN CONFLICTO. Dinámicas y expresiones en el contexto actual**

BUENOS AIRES, 2, 3 Y 4 DE AGOSTO DE 2017

## **Grupo Temático N°8: Procesos de inserción ocupacional y trayectorias laborales**

**Coordinadores: Ana Miranda y Pablo Pérez**

---

### **Estructura educativa del mercado laboral argentino: la influencia de la inserción ocupacional de las mujeres desde 1974 en el GBA**

**Autor/es: Ana Kukurutz – Daniela Ruiz**

**E – mails: anakukurutz@gmail.com**

**Pertenencia institucional: Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y SIEMPRO**

En la década del '60, los cambios económicos y culturales posibilitaron que los jóvenes de las clases medias urbanas en Argentina accedieran en mayor medida a la educación universitaria que años anteriores. Entre las mujeres, este acceso fue más notorio en contraste con las posibilidades previas que se les presentaban. En las décadas siguientes, el aumento del nivel educativo de las mujeres, es decir, su creciente profesionalización, tuvo dos posibles efectos: una mayor facilidad para el ingreso al mercado laboral y, en consecuencia, un incremento de la educación de la fuerza laboral. En efecto, las mujeres, por un lado, pasaron de representar cerca del 30% de la fuerza laboral del GBA en los años '70 a superar el 40% en los primeros años del siglo XXI; y, por el otro, puede observarse que en los '70 poco menos de un cuarto de los trabajadores había concluido el nivel secundario –y/o continuado estudios superiores- proporción que supera al 60% en estos últimos años.

Teniendo esto en cuenta, en el presente trabajo nos proponemos como meta describir la influencia de la mayor educación de las mujeres en la mayor profesionalización de la fuerza laboral, y también las diferencias que esta inserción particular puede llegar a tener con respecto a sus pares varones en el Gran Buenos Aires. Para ello se utilizarán datos provenientes de la Encuesta Permanente de Hogares, provista por INDEC.

**Palabras clave:** Educación, género, mercado de trabajo



## **Introducción**

La participación de las mujeres en el mercado laboral evolucionó positivamente en el transcurso de las últimas décadas. Esta participación varía según factores culturales y económicos, y, en el mismo sentido, difiere según las diferentes calificaciones educativas que puedan alcanzar. En el mismo período también se evidenció un incremento significativo del nivel educativo de la población en general y, particularmente, de los y las trabajadores y trabajadoras<sup>1</sup>.

Este trabajo tiene como objetivo describir la evolución tanto de la participación femenina en el empleo como de la importancia de la mayor educación de las mujeres en esta evolución. Para ello, tomamos la evidencia empírica que provee la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) que lleva a cabo el INDEC, para el aglomerado Gran Buenos Aires (único que se relevaba en el momento inicial).

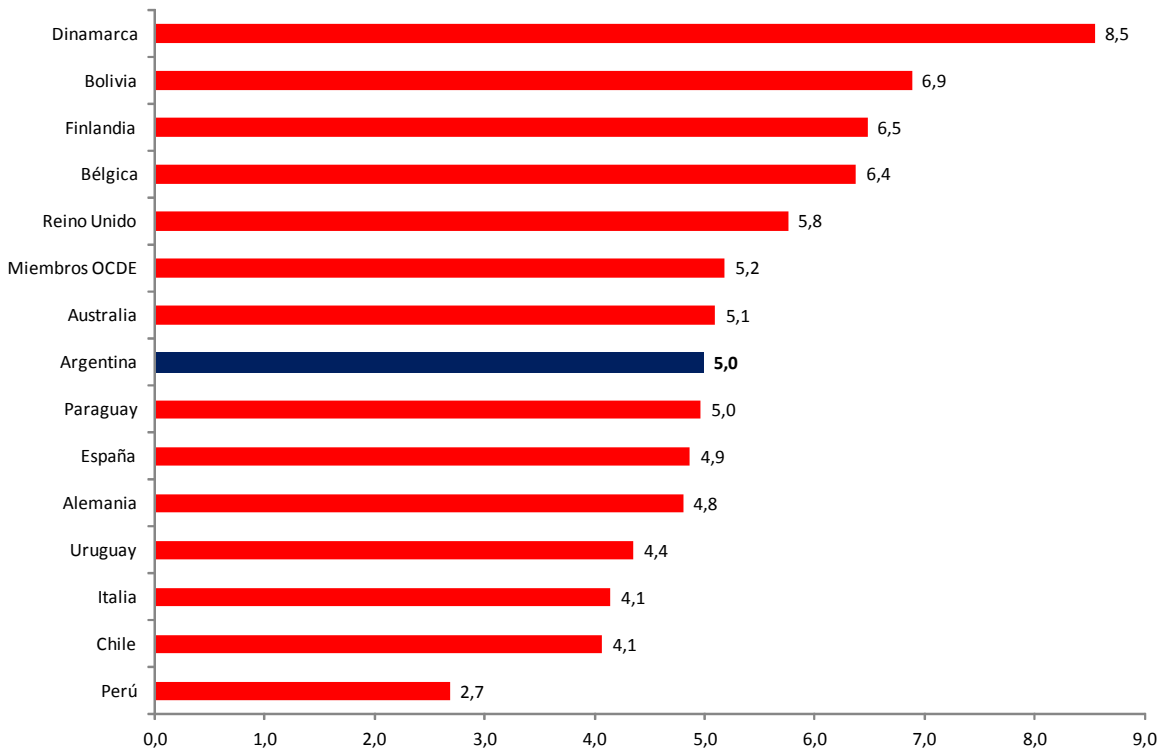
La primera parte analiza someramente la relación entre empleo y educación, a la vez que se comparan la evidencia nacional y del GBA con algunos datos internacionales. En la segunda se describe la evolución de la educación diferenciando la evolución de varones y mujeres. La tercera parte cuenta brevemente la trayectoria del empleo en los años analizados (1974-2015), recalcando muy livianamente la participación femenina y de las profesionales en el empleo. En la cuarta parte se detalla la relación entre empleo y educación y la importancia de la participación laboral de las mujeres, en particular de las mujeres profesionales. Finalmente, se abordan las conclusiones, sobre la base de la evidencia que se describió anteriormente.

## **Educación y empleo**

Desde diversas perspectivas teóricas, económicas y sociales se ha argumentado la importancia de la educación en el bienestar de las personas y su relevancia como factor de desarrollo de los países. Los argumentos que sostienen esta relevancia se basan fundamentalmente en la relación entre educación, empleo e ingresos. Existen, además, teorías que afirman que los hábitos y consumos, la socialización y las posibilidades de expresión están asociadas con el nivel educativo de las personas. Desde el punto de vista macroeconómico, se suele advertir que los países altamente industrializados cuentan con una fuerza laboral con mayores calificaciones. A su vez, estos análisis suelen demostrar cómo la inversión educativa influye en el producto.

---

<sup>1</sup> En adelante para alivianar la lectura se utilizará el término “los trabajadores” para englobar a trabajadores y trabajadoras.

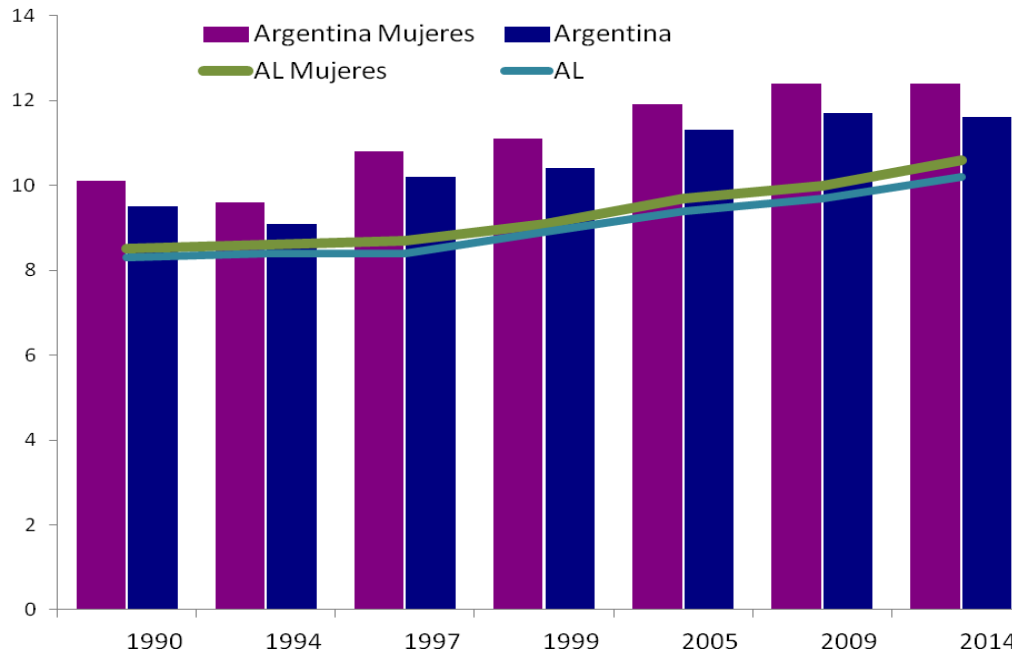
**Gráfico 1. Gasto público en educación, total (% del PIB) 2012**

Fuente: Datos extraídos del World Bank, World Development Indicators,

En el Gran Buenos Aires (GBA) la educación de los trabajadores ocupados registró un incremento remarcable en los últimos 20 años. En los años '70 sólo dos de cada tres trabajadores ocupados había concluido el nivel secundario, a comienzos de los '80 se incrementaba a 3 de cada diez, y en la década del '90 se acercaba al 45% de los trabajadores. A comienzos del siglo XXI la mitad de los trabajadores había culminado el nivel secundario y la evidencia para 2015 es que seis de cada 10 trabajadores culminó ese nivel. Mientras tanto la educación superior de los trabajadores tuvo la misma evolución positiva, aunque más lenta: pasó de 5% en 1974 a 8% a principios de los '80, llegando al 9% a mediados de la década del noventa hasta alcanzar al 20,3% en 2015.

La población activa del GBA es, asimismo, según datos de CEPAL, una de las más educadas de la región. Como se puede observar en el gráfico 2, en 2014 la PEA del GBA contaba con 11,6 años de educación en promedio, sólo superada por los años de educación de Bolivia (12 años) y Chile (11,9) y muy por arriba de Brasil (9,5), Uruguay (10,4) y Paraguay (10,9).

**Gráfico 2. Años promedio de educación de la Población Económicamente Activa. PEA Total y PEA femenina. Argentina y Promedio América Latina. Años seleccionados.**



Fuente: Datos extraídos de CEPAL – Bases de Datos y Publicaciones Estadísticas, CEPALSTAT

Este resultado se debe, en gran parte, al mayor nivel educativo de las mujeres. En efecto, las mujeres que integran la población activa urbana cuentan en promedio con 12,4 años de educación, muy de cerca las siguen las mujeres chilenas, con 12,2 años de educación promedio. Las mujeres que integran la fuerza laboral en los restantes países de la región no superan los 12 años de educación promedio.

La educación juega un rol especial en la decisión personal de participar de la fuerza laboral. Diversos estudios acerca de la participación laboral femenina en países en desarrollo sostienen que las mujeres con menores niveles educativos participan en actividades de subsistencia y empleos informales, mientras que las de los niveles más altos tienen más posibilidades de mantenerse fuera del mercado laboral. Una vez que se concluye el nivel secundario, la posibilidad de mayores ingresos las alienta a formar parte del mercado laboral (Verick; 2014). En los siguientes apartados nos adentraremos en las dos dimensiones que sostienen este hecho: la inserción educativa de varones y mujeres y el efecto que la misma tiene sobre el mercado laboral, particularmente, sobre el empleo.

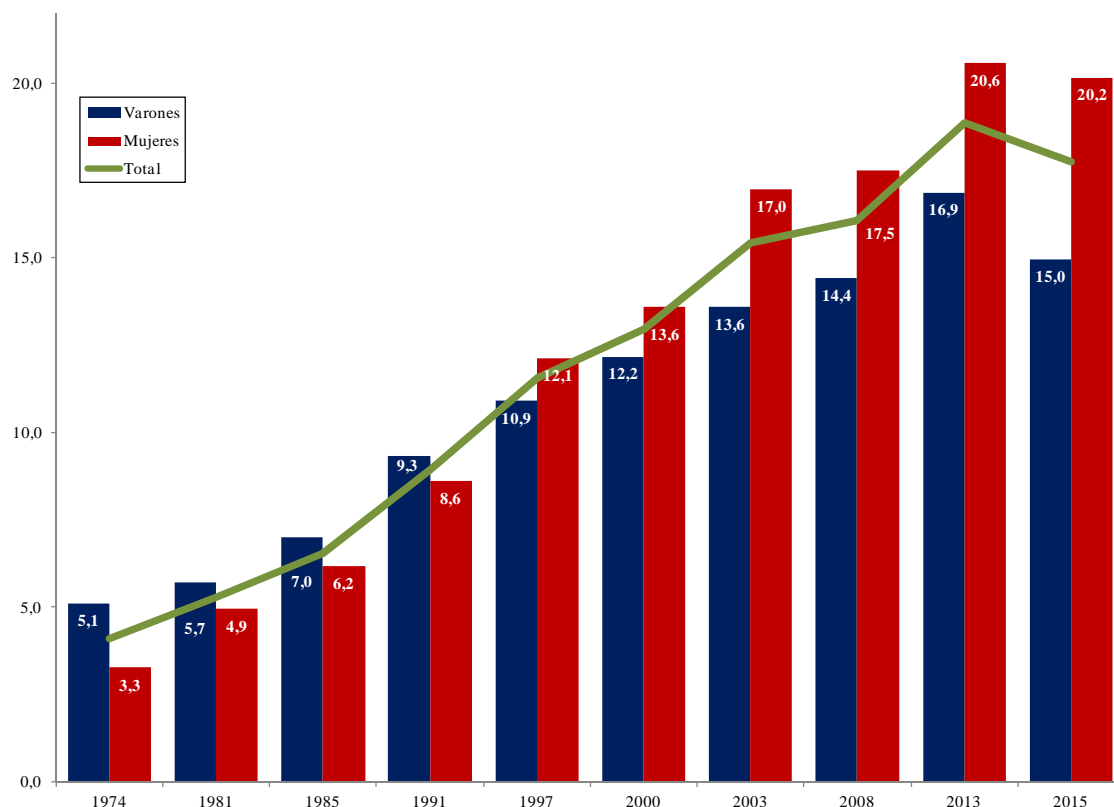


### **Diferente inserción educativa de varones y mujeres**

En la década del '60, y en consonancia con lo ocurrido a nivel internacional, el país atravesó un proceso de modernización cultural que, aún en un contexto de represión política y social, tuvo en la universidad uno de sus protagonistas. Las clases medias urbanas, y en particular los jóvenes, se introdujeron en un espacio cultural más amplio que les permitiría, al mismo tiempo, el acceso a nuevos puestos de trabajo más profesionalizados (Piñeiro, 2006). La apertura cultural implicó, también, una motivación extra para las mujeres de abandonar el ámbito doméstico, no solamente para solventar los ingresos familiares, sino también en búsqueda de autonomía.

Hacia 1974, en GBA, el 4% de la población de 24 años y más tenía universitario completo, pero los varones estaban más profesionalizados que las mujeres. Como puede verse en el gráfico 3, las mujeres fueron acrecentando su presencia entre los egresados universitarios, ya que la matrícula femenina en las universidades crecía. De esta manera, la proporción de mujeres universitarias evolucionó en mayor medida que la de sus pares varones.

**Gráfico 3. Población de 24 años y más con estudios universitarios completos. Años seleccionados. Gran Buenos Aires.**



Fuente: Elaboración propia en base a EPH (INDEC)

Revirtiendo una tendencia que excluía a las mujeres del ámbito universitario, en 1997 puede observarse que la proporción de mujeres universitarias era superior a la de varones con nivel superior completo (12,1% vs. 10,9%). De esta manera, un mayor acceso y terminalidad de la educación superior tendría la potencialidad de consolidar estructuras de oportunidades más igualitarias entre varones y mujeres (Papadópulos y Radakovich, 2003). A partir de la década del '90, no solamente se observa una feminización de la matrícula universitaria, sino también de los egresos: la diferencia entre la proporción de mujeres y varones con estudios superiores completos se fue acrecentando. Si bien la proporción de varones universitarios también se incrementó, el avance de las mujeres fue sustancial, con una diferencia de 5 puntos porcentuales para el segundo trimestre de 2015.

De esta manera, el acceso a una mayor educación permitiría que las diferencias aún existentes en la inserción laboral se redujeran. En los siguientes apartados intentaremos dar cuenta de qué manera las diferentes experiencias en la educación formal redundan en el acceso al mercado laboral.

### Breve repaso del mercado laboral en los '70, '80, '90, 2000s y 2015



Como ya se vio, durante la década del sesenta el acceso de las mujeres a mayores niveles educativos, junto con algunos cambios culturales que influyeron en las pautas de fecundidad, resultaron en la incorporación de mujeres al mercado de trabajo, particularmente el del GBA. La década del sesenta inicia, así, un proceso que se profundiza durante las décadas siguientes y que tiene al menos un importante resultado relacionado con la mayor profesionalización de la fuerza laboral, en especial de los trabajadores ocupados.

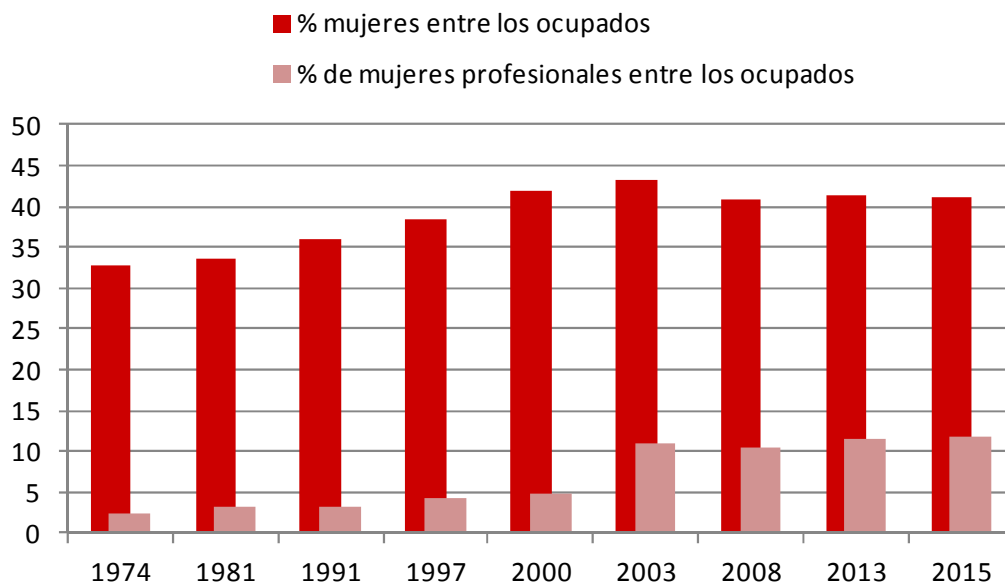
La década del setenta fue testigo de la descomposición de la ISI y, junto a ello, de cambios en el mercado laboral. En esta década encontramos, sobre todo, un mercado de trabajo con una alta tasa de asalarización (75%) y una importante proporción de asalariados registrados en la seguridad social (56,5%). Del 25% de trabajadores restante, el 16% eran trabajadores cuentapropia, el 4,8% patronos o empleadores y poco más del 1% profesionales independientes. Las mujeres representaban el 33% de los ocupados y las profesionales el 2,8%.

Las políticas implementadas por el gobierno militar ya mostraron algunos efectos a principios de la década del '80. Los datos del censo de 1980 daban cuenta del descenso del peso de los asalariados con respecto al censo anterior (de 74% a 72%). La EPH para 1981 exhibe, también, estos menores niveles de asalarización (levemente por debajo del 70%), que sucede a pesar de un leve incremento de los asalariados registrados (que alcanzan al 61,2%) en detrimento del empleo en negro y del servicio doméstico, ocupaciones que redujeron su peso. Otra ocupación que se engrosó ante el descenso de los asalariados fue el cuentapropismo, que aumentó al 21,7%. Por su parte, patronos y profesionales independientes también evidenciaron un leve incremento. Las mujeres pasaron a representar el 33,7% del empleo total y las universitarias el 3,1%.

Para los primeros años de la década del '90 la economía acababa de atravesar un proceso inflacionario que culminó con la adhesión, en abril de 1991, a las recetas del Consenso de Washington. El régimen de convertibilidad, que fijó la paridad peso dólar, supuso, junto a la liberalización del comercio exterior, un grado importante de apertura externa. Esto, sumado al achicamiento del Estado y la flexibilización, resultó en el aumento a niveles inéditos de la desocupación y la precariedad laboral.

En octubre de 1991 el mercado laboral del GBA todavía no mostraba los efectos de las reformas económicas. Los rasgos más llamativos de estos primeros años fueron una tasa de asalarización todavía cercana al 70%, un menor peso de los asalariados registrados en el empleo total (descendieron al 46,4%), y un aumento del empleo en negro, que se acercaba al 20%. A su vez, las mujeres incrementaron su participación al 36% del empleo total, y el peso de las universitarias se mantuvo en 3,3%.

**Gráfico 5. GBA: Mujeres y mujeres con universitario completo entre los ocupados. En % del total de ocupados. 1974-2015**



Fuente: Elaboración propia en base a EPH, INDEC.

En el transcurso de los años que pasaron entre 1991 y 1997, los cambios, múltiples y diversos, de la transformación económica empezaron a mostrarse. Un amplio número de sectores industriales no logró hacer frente a la competencia externa, mientras que las empresas de mayor tamaño –frente a un tipo de cambio que encarecía los salarios y abarataba los bienes de capital– renovaron su equipamiento para enfrentarla. El resultado de estos comportamientos produjo una drástica caída del empleo industrial que sólo entre 1997 y 2002 se redujo más de un 30%. La privatización de los servicios públicos sumó nuevas pérdidas en el empleo, mientras los cambios en la comercialización minorista y la difusión de la bancarización quitaron al sector informal capacidad para contrarrestar esas caídas.





Estos cambios en las condiciones de la oferta y demanda de trabajo se tradujeron en un rápido crecimiento de la tasa de desempleo urbana, que por primera vez en 1993 trepó a los dos dígitos. Desde entonces el desempleo se mostró sensible al ciclo económico, subiendo y bajando al ritmo de la tasa de crecimiento del PIB, sin retornar a los niveles de fines de los ochenta. (Chitarroni y Cimillo; 2009)

Durante los años siguientes, la tasa de asalarización se incrementó, alcanzando nuevamente al 75%, debido, sobre todo, al aumento del empleo en negro (que en 1997 llegó al 22% del empleo total del GBA). Al mismo tiempo, se produjo una importante entrada de trabajadores al mercado laboral, en particular de mujeres. Tanto por una tendencia estructural que provenía de décadas precedentes, como por la caída de ingresos de los hogares de tiempos más recientes, las mujeres se vieron compelidas a reforzar los presupuestos familiares: se aludió a este fenómeno como “efecto del trabajador adicional” (Altimir y Beccaria; 2000). En 2000 las mujeres alcanzaron a representar el 41,8% del empleo total, mientras que las de mayores calificaciones educativas representaban poco menos del 5%.

En 1998 comenzó una larga recesión que colapsaría a finales de 2001. Esta crisis tuvo importantes consecuencias en el mercado laboral: se destruyó, por primera vez, el empleo asalariado, también el registrado, y el empleo en negro alcanzó valores históricos superando al 30% de los trabajadores.

La recuperación económica que sobrevino a la crisis, a mediados de 2002, se afianzaría a partir de 2003. Entre 2003 y 2007 el crecimiento del PBI fue cercano al 9%, los sectores productores de bienes, –sobre todo construcción e industria- registraron un crecimiento aún mayor. Como resultado el desempleo se redujo a la mitad, mientras se expandía la tasa de actividad y la tasa de empleo superaba al 42%.

En el tercer trimestre de 2003 la asalarización mostraba los mismos guarismos que con anterioridad a la crisis (cerca al 75%) pero con una importante presencia de empleo en negro que todavía sobrepasaba al 30% de los trabajadores. Las mujeres alcanzaron su peso máximo en el total del empleo, 43,1% y las de calificaciones superiores el 11,1%.

Según un informe del Ministerio de Trabajo, entre 2003 y 2007 el 83% de los nuevos puestos asalariados fueron en blanco (Schlezer; 2007). En 2008 la asalarización superó el 76%, y el empleo en



negro se redujo a tan sólo 20% de los trabajadores. Las mujeres vieron reducida al 40% su participación laboral, y las universitarias al 10,4%. El ciclo continuó con leves altibajos que redundaron en niveles similares de asalarización y empleo en negro. Las mujeres continuaron representando poco más del 40% del empleo y, para 2015, las de calificaciones universitarias alcanzaron al 11,8% de los trabajadores.

### **Efecto de la mayor educación de las mujeres**

En las últimas décadas las mujeres aumentaron su participación en el mercado de trabajo. Sin embargo, todavía persisten inequidades que ni siquiera el mayor acceso de las mujeres a la educación superior pudo eliminar, aún cuando, como vimos en el apartado anterior, se logró achicar la brecha de acceso al empleo.

En el GBA los trabajadores muestran una alta calificación -cerca del 60% de ellos tiene secundario completo o más-, mientras que en el '74 sólo el 23,5% había terminado este nivel. Esta fuerza laboral es mayoritariamente masculina. A pesar de ello, a excepción de 1974, entre las mujeres aquellas con secundario completo o más siempre predominan por sobre los varones. ¿Sugiere esto que a las mujeres se les exige mayores calificaciones? ¿O es mayor el costo de salir a trabajar que el de quedarse en casa para las mujeres de menores calificaciones?

“La inserción de la mujer en el mercado laboral se dio gradualmente alentada por transformaciones sociales, políticas y culturales. Si bien, el mayor acceso de la mujer a la educación es clave para una mayor participación, el aumento significativo que se registró en los años noventa sólo es explicado por esta razón en una baja proporción, ya que el incentivo mayor está relacionado con la pérdida de trabajo de los jefes de hogar y por la necesidad de compensar esos ingresos faltantes en el núcleo familiar. Esta lectura no permite suponer que la alta incorporación de la mujer al trabajo se deduzca de la igualdad de oportunidades.” (Lanari y Actis Di Pasquale; 2008)

El ingreso al mundo laboral se da de manera antagónica en las mujeres con diferentes niveles educativos. Las mujeres de los niveles más bajos entran al mercado laboral, muchas veces en puestos mal remunerados y de baja calificación, probablemente impulsadas por la necesidad de paliar la pérdida real de ingresos del hogar. Entre las que contaban con hasta primario incompleto, en 2015, menos de la mitad pertenecía a la fuerza laboral.

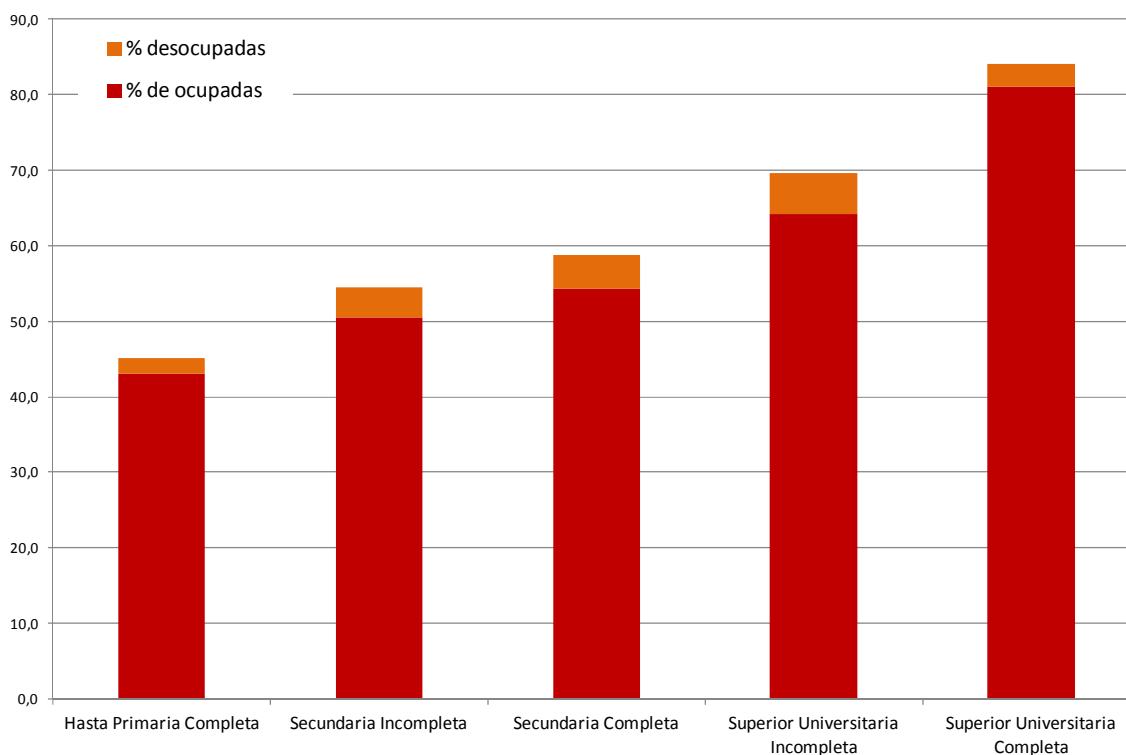


Mientras, más del 84% de las mujeres con mayores calificaciones, provenientes de estratos de ingresos más altos, participa del mundo laboral. En este caso las razones parecen ser diferentes. Su entrada al mundo del trabajo se relaciona con transformaciones sociales y culturales, y sus ingresos permiten logros a nivel familiar. En otras palabras, en los estratos bajos los ingresos de las mujeres ayudan, y en muchos casos permiten, la subsistencia -o sea, alcanzar un estándar de vida básico- mientras que en los altos los ingresos de las mujeres acomodan y permiten mantener al hogar en ese estrato. (Kukurutz y Ruiz; 2011).

Como puede observarse en el Gráfico 6, cada escalón que las mujeres suben en su formación resulta en una importante asociación a la participación en el mercado de trabajo. Los datos dan cuenta de la diferencia, bastante importante, que favorece el acceso de las mujeres de mayor educación al mercado laboral.

### Gráfico 6. Participación laboral de las mujeres según nivel educativo (%)

2do trimestre 2015



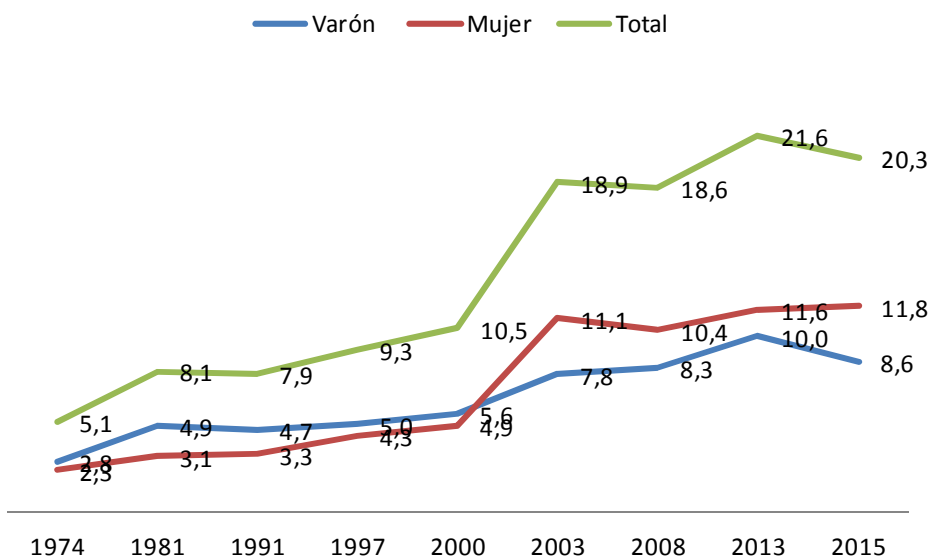
Fuente: Elaboración propia en base a EPH, INDEC.



Las mujeres que han continuado estudios después del secundario (universitario completo o más), en GBA, superan en once puntos porcentuales la participación laboral del total de la población femenina. Mientras, en el caso de los varones, la participación laboral de los de mayor educación es más baja que la del total de varones. Esto se debe, por un lado, a las mayores calificaciones de las mujeres y, por otro, a la mayor participación laboral de las mujeres más calificadas. En efecto, más del 44% de las mujeres ocupadas cuentan con universitario completo o más.

Aún más, al menos a partir del año 2003 se da el fenómeno de una mayor proporción de mujeres profesionales que de varones entre todos los ocupados. De hecho, a partir de ese año, las mujeres representan más de la mitad de trabajadores ocupados profesionales.

**Gráfico 7. Trabajadores ocupados con universitario completo. Total y por sexo (%)**  
Años seleccionados 1974-2015



Fuente: Elaboración propia en base a EPH, INDEC.



La calidad de los empleos y la oportunidad de mejores trabajos también muestran una asociación con el nivel educativo de las mujeres. A mayor nivel educativo, mayor probabilidad de conseguir un puesto registrado en la seguridad social (72,6% de las universitarias son asalariadas registradas, vs. 18,6% entre las de hasta primario completo). De esta manera, una educación más elevada permite el acceso a puestos de trabajo mejor remunerados y con mayores beneficios sociales, situación más que importante, sobre todo para las mujeres, si es que tienen que acceder a licencias por maternidad.

Esta diferente inserción implica, también, el acceso a puestos de trabajo mejor remunerados. Más de la mitad de las mujeres ocupadas con primario incompleto se desempeña como servicio doméstico, situación que asciende hasta casi el 40% de aquellas que pudieron completar la primaria pero no el siguiente nivel. La siguiente opción, en ambos casos y con inserción similar (cercana al 20%) es el comercio. Para sus pares varones con iguales niveles de educación, las ramas que los emplean con más frecuencia son la construcción y la industria manufacturera. En el caso del secundario completo, para las mujeres, la inserción en el servicio doméstico, un empleo que se caracteriza por los bajos salarios y la informalidad, desciende hasta el 13% de las ocupadas, y aún cuando el comercio se mantiene en un 16%, la posibilidad de emplearse en educación, empleo público e industria también aumenta. Las universitarias, por su parte, se emplean en mayor medida en la enseñanza (30%), la salud (19%) y la administración pública (10%).

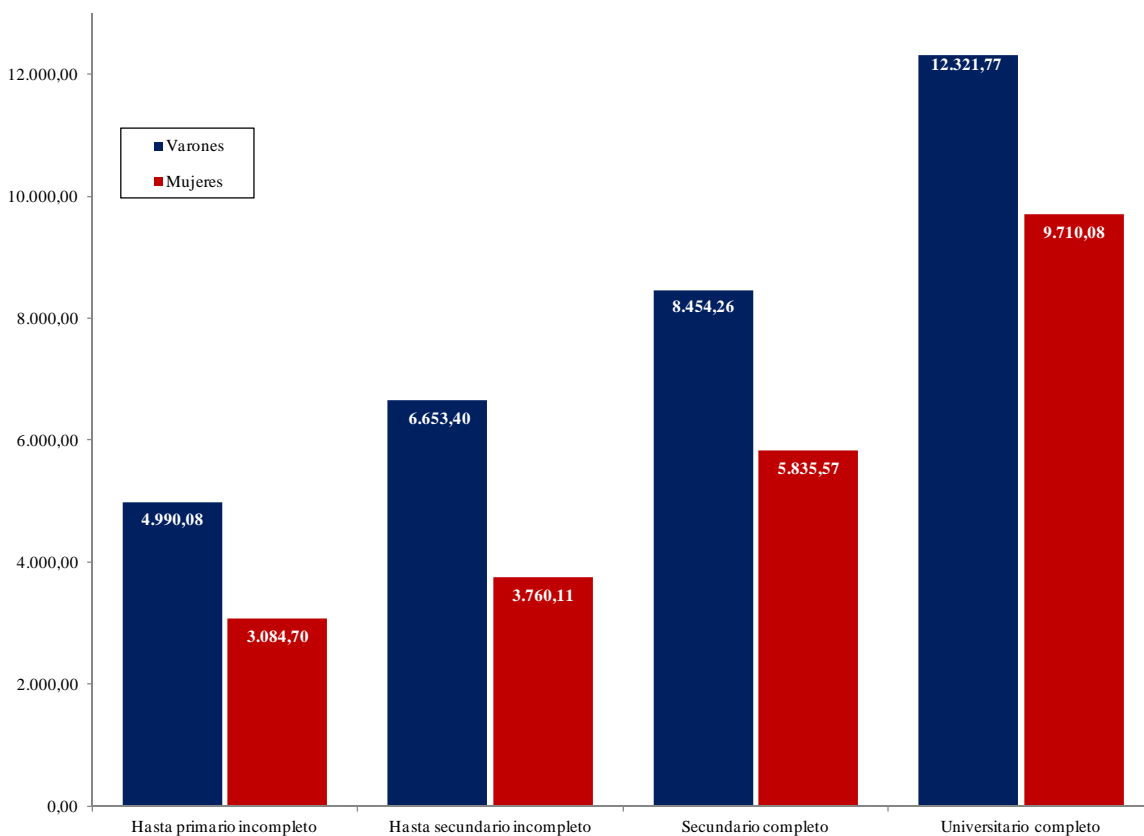
De esta manera, a medida que la educación se incrementa, y las opciones de inserción laboral por rama se multiplican, las mujeres acceden a puestos de trabajo mejor remunerados, y más equitativos que los de los varones. Como puede verse en el gráfico 8, en todos los niveles educativos las mujeres ocupadas perciben menos ingresos que los varones. En parte esto se debe a que, en pos de equiparar el trabajo doméstico no remunerado con el trabajo remunerado, las mujeres suelen trabajar menos horas que los varones (un promedio de 38 horas contra 52), con las mujeres con primario incompleto presentando las jornadas más cortas de todas (27 horas contra 44 de las universitarias). Al contrario de lo que ocurre con los varones, donde los universitarios son los que menos horas trabajan, entre las mujeres a mayor educación, la jornada laboral se incrementa.

Si bien la brecha de ingresos entre sexo resulta menor en el caso de los universitarios, los varones aún así perciben casi un 30% más de ingresos. Resulta llamativo que la diferencia de ingresos entre mujeres con bajo nivel educativo y aquellas con alto nivel educativo es superior a la existente entre los



varones, reflejando una mayor heterogeneidad al interior de los géneros. De esta manera, aún cuando la igualdad entre géneros no está garantizada por el acceso a una mayor educación, sí garantiza un acceso a puestos de trabajo mejor remunerados para las mujeres, y la posibilidad de una mayor autonomía y mejores condiciones de vida para ellas y sus hogares.

**Gráfico 8. Ingresos medios de los ocupados según nivel educativo. Por sexo (En \$ corrientes) – GBA. 3er trimestre 2015**



Fuente:

Elaboración propia en base a EPH, INDEC.



## **Conclusión**

Tras un incremento de la educación superior en la población, en los últimos 20 años las mujeres se profesionalizaron en mayor medida que los varones. Durante estos años, asimismo, las mujeres aumentaron su presencia en el mercado laboral. Sin embargo, las diferencias existentes entre sexo, que suponen una situación desventajosa para las mujeres, continuaron estando presentes.

El acceso a una mayor educación, sin embargo, permite mitigar algunas de estas desventajas: las universitarias tienen acceso a puestos de trabajo que garantizan mayor protección social, ingresos más altos y una mayor autonomía que quienes no terminaron el secundario. Aún cuando los varones continúan teniendo ingresos más elevados, la situación laboral de las mujeres mejora en mayor medida que entre los varones cuanto más alta es su educación.

De esta manera, y ante un mercado laboral que no garantiza una fácil solución para hacer frente a las necesidades de los hogares, que casi exclusivamente son atendidos por mujeres, tener estudios superiores permite el acceso a puestos de trabajo mejor remunerados, donde aún trabajando menos horas que los varones, los ingresos resultan más altos que con estudios primarios o secundarios incompletos.



## Bibliografía

Altimir, O. y Beccaria, L. (2000). “El mercado de trabajo en el nuevo régimen económico en Argentina”. En Heymann, D. y Kosacoff, B. (Editores). La Argentina de los noventa. Desempeño económico en un contexto de reformas. Buenos Aires: EUDEBA.

Aguirre, R. y Batthyány, K. (Coord.) Trabajo, género y ciudadanía en los países del Cono Sur. Montevideo, OIT/CINTERFOR, 2001.

Chitarroni, H., y Cimillo, E. (2007). ¿Resurge el sujeto histórico?: cambios en el colectivo del trabajo asalariado: 1974-2006. *Laboratorio: revista de estudio sobre cambio social*, (21), 5-11.

Esquivel, V. (2007) “Género y diferenciales de salarios en la Argentina”, en Novick, M. y Palomino, H. (Coord.), Estructura productiva y empleo. Un enfoque transversal, Buenos Aires: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social.

Kukurutz, A. y Ruiz, D. (2011) “Evolución de los ingresos femeninos. Impacto y consecuencias de la Asignación Universal por Hijo”, en ASET, Pensar un mejor trabajo. Acuerdos, controversias y propuestas. 10º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo, Buenos Aires, 3-5 de agosto de 2011.

Lanari, M. E. ; Actis Di Pasquale, E. (2008) Un avance en las políticas de empleo en Argentina desde lo focal al "mainstreaming de género".

Papadópulos, J., Radakovich, R. (2003) “Educación Superior y Género en América Latina y el Caribe”, en Papadópulos J. y Radakovich, R. *Seminario Internacional sobre “La feminización de la matrícula de Educación Superior en América Latina y el Caribe”*, IEASALC.

Piñeiro, E. (2006) “La modernización de la sociedad argentina en la década del 60 y la evolución del proceso en las décadas siguientes (1962-1989)”. Documento inédito. Facultad de Ciencias Sociales, Políticas y de la Comunicación de la Universidad Católica Argentina. [Disponible en <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/investigacion/modernizacion-sociedad-argentina-decada-60.pdf>, citado 20/06/2017]





ASOCIACIÓN ARGENTINA DE ESPECIALISTAS EN ESTUDIOS DEL TRABAJO

**CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO**

**EL TRABAJO EN CONFLICTO. Dinámicas y expresiones en el contexto actual**

**BUENOS AIRES, 2, 3 Y 4 DE AGOSTO DE 2017**

Salvia, A. y Tissera, S. (2000) “Heterogeneidad y precarización de los hogares asalariados en Argentina durante la década del ‘90”, en Lindenboim, J. (Compilador), Cuaderno del CEPED N°4: Crisis y metamorfosis del mercado de trabajo. Parte 1: Reflexiones y diagnóstico. Buenos Aires: FCE-UBA [Disponible en <http://tinyurl.com/cp52aoy>, Citado 19/04/17]

Schlezer, Diego (2007). “El trabajo no registrado en el largo plazo”. En *Trabajo, ocupación y empleo. Los retos laborales en un proceso de crecimiento sostenido*. Serie Estudios/7. MTESS.

Verick, S. (2014). Female labor force participation in developing countries. IZA World of Labor.